

EMMO. Y RVMO. SR. CARDENAL
JOZEF TOMKO
PRESIDENTE DEL COMITÉ PONTIFICIO
PARA LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS INTERNACIONALES.
PREFECTO EMÉRITO DE LA CONGREGACIÓN
PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS
Y ENVIADO ESPECIAL DE S.S. EL PAPA BENEDICTO XVI
AL CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL UNIVERSITARIO

Discurso de inauguración del año académico 2005-06



Universidad Católica
San Antonio
UCAM

MURCIA, UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN ANTONIO

Los Jerónimos, 08 de noviembre 2005

Depósito legal: MU-1909-2005

Edita
Universidad Católica San Antonio de Murcia

Impresión
A.G. Novograf

*DISCURSO DE INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO 2005-06
EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN ANTONIO DE MURCIA*

Saludo

Excelentísimo Sr. D. José Luis Mendoza Pérez, Presidente de la Universidad.

Excelentísimo Sr. D. Antonio Montoro Fraguas, Rector Magnífico.

Excmas. e Ilmas. Autoridades eclesiásticas, civiles y militares.

Autoridades Académicas, Profesores, familiares, alumnos e invitados a este Solemne Acto Académico.

Agradezco cordialmente la deferente invitación que me ha hecho la Universidad Católica San Antonio de Murcia, para dirigir la palabra en esta solemne circunstancia, que coincide con la vigilia del Primer Congreso Eucarístico Internacional Universitario, para el que el Santo Padre Benedicto XVI me ha nombrado su Legado Extraordinario.

1. Un nuevo año académico

Con esta Conferencia inaugural, damos comienzo solemnemente al curso académico 2005-2006 de la Universidad Católica, iniciando nueva andadura y una nueva aventura del curso universitario; para algunos el primero, con la novedad propia de todo lo que comienza; para otros, el último, con la esperanza de coronar felizmente una carrera universitaria.

Este año es nuevo también por una serie de circunstancias que ciertamente atañen a la vida de todos y por eso a la vida universitaria de esta sede. Quisiera poner de relieve sobre todo tres novedades importantes.

1. Por ser universidad católica, la UCAM no puede menos de recordar en este momento la presencia de un nuevo Papa en la cátedra de San Pedro: el Papa Benedicto XVI. Vuestra universidad puede gloriarse de haber sido visitada por el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, en noviembre del 2002; sé que esa visita está todavía viva en la memoria del Papa, así como el recuerdo de su presencia y su palabra permanece viva en esta *Alma Mater*. Su ministerio petrino y su magisterio papal suscitan en este momento una gran simpatía. Sobre todo entre los jóvenes, como se ha podido constatar en la Jornada Mundial de la Juventud, celebrada en Colonia en el mes de agosto. Por la amplia y profunda preparación intelectual y espiritual del nuevo Papa, la Iglesia entera va segura por el mar de la vida, sabiendo que en la nave de Pedro guía el ti-

món un Padre y un Amigo –como con frecuencia el se llama-, que reúne en sí las mejores cualidades de un conocedor de la filosofía, de la teología y de las ciencias sociales. Es el pastor que hoy necesita nuestra Iglesia, tanto para su renovación moral y espiritual, como para el diálogo con la sociedad y la cultura de hoy, como ha demostrado en tantas intervenciones suyas en diálogo con los problemas de la modernidad y con altos representantes de la cultura emergente. La referencia a su magisterio será preciosa también para el camino intelectual, moral y social de la UCAM, como vamos a tener ocasión de comentar.

2. Otra novedad que, ciertamente, no puede pasar desapercibida a profesores y alumnos de la Universidad católica, es la situación cultural de España, país tradicionalmente católico, que hoy ve cómo en su vida pública se pone en crisis toda una serie de valores morales, sociales, familiares, religiosos, que tocan profundamente el concepto mismo de la persona y de sus relaciones, su conciencia, su ética personal y social. Y ello, incluso desde las mismas instituciones públicas de la nación, con el peligro de inducir en la convivencia un relativismo moral y un permisivismo ético, capaz de minar los mismos cimientos de los valores fundamentales de la vida personal y de la convivencia cívica. Ante estos hechos que están despertando la conciencia de los católicos -pastores y fieles-, los profesores y alumnos de la UCAM no pueden permanecer pasivos. Es justo que se pregunten y que pregunten, que busquen y que reflexionen, que sepan darse razones para creer y para espe-

rar, y puedan formarse una recta conciencia, iluminada por la fe y la razón sobre la línea de conducta que han de tener y que han de proclamar con su palabra y su vida.

Es imprescindible que profundicen los problemas y sus soluciones, con la serenidad de un juicio maduro, para tener una visión correcta y dar un testimonio eficaz de la visión humana y cristiana de la sociedad y de sus instituciones.

Es esta, como diré, una tarea imprescindible de la misión misma, del concepto mismo de Universidad católica, que tiene que ofrecer a todos, con la visión unitaria de las ciencias humanas y de la iluminación de la fe, la posibilidad de formar cristianos adultos, profesionales ejemplares. Vuestro país y vuestra tierra tienen necesidad de laicos que con su presencia de servicio a la verdad y a la vida, se convierten en promotores de los genuinos valores humanos.

Bien pertrechados intelectual y moralmente podrán rechazar errores y favorecer una opinión común que no cede ante el engaño o ante el relativismo falaz, antes bien profundiza en las raíces mismas de la antropología, de la sociología y de la cultura, para traducirla en una política al servicio de la sociedad, como levadura evangélica, desde el rigor ético que es propio de la razón y del buen sentido.

Cuando están en juego los valores humanos de la libertad, de la convivencia, del respeto de los derechos inalienables, los valores de la familia, de la recta educación, si no hay un testimonio iluminado y valiente que se trasmite de manera adecuada incluso a

través de los medios de comunicación social, se corre el riesgo de provocar una catástrofe antropológica, como ya ha sucedido en otros lugares y en otros sistemas políticos del siglo XX.

Así lo hemos podido ver en otras sociedades que durante mucho tiempo han cedido al error o lo han asimilado por la fuerza de los poderes fácticos de una política sin control de la crítica, desde la verdad y desde las convicciones más genuinas.

3. Finalmente, no puedo dejar de aludir a un hecho importante. La inauguración del curso académico se realiza precisamente a las puertas del Primer Congreso Eucarístico Internacional Universitario. La UCAM, que ha promovido y organizado este evento bajo la guía del Pontificio Comité para los Congresos Eucarísticos Internacionales, que yo mismo presido por encargo del Santo Padre, puede contar en la historia con este primado, ya que se trata de la primera iniciativa de este género en la Iglesia, y sin duda será semilla que en el futuro produzca frutos abundantes.

A primera vista, no encontramos una relación clara entre lo que puede significar la tarea de una universidad y la centralidad de la Eucaristía en esta misión, más allá de lo que puede ser la importancia del misterio eucarístico en la vida de las personas, de los profesores y de los alumnos. Y sin embargo, de la misma manera que el Sínodo, apenas concluido, ha puesto de relieve que la Eucaristía es fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, podemos decir que esa centralidad de Cristo -cuya persona y misterio se hacen presentes en la celebración eucarística- hace que la

verdad y la vida, la coherencia moral de los cristianos, su compromiso y su testimonio, tengan el sello mismo de la Eucaristía, sacramento de la verdad y de la verdadera libertad. En efecto, en la comunión con Cristo los cristianos aprenden y reciben la fuerza de la verdad, el coraje del testimonio, la comunión y coherencia de todos en esa comunidad eclesial que, en la unidad y en la caridad, prolonga en la vida lo que ha recibido mediante la fe y lleva al mundo la novedad de la resurrección y el viento renovador del Espíritu de Pentecostés, para propagar la verdad y para defender la vida.

2. Vocación y tarea de la Universidad Católica

La Constitución apostólica de Juan Pablo II *Ex corde Ecclesiae* sobre las Universidades católicas recuerda de modo tajante: “Es un honor y una responsabilidad de la Universidad católica consagrarse a la causa de la verdad. Es esta su manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene “la misma convicción de que la verdad es su verdadera aliada...y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe”¹. Precisamente por eso, ya que “la Universidad Católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios”, está llamada en nuestro tiempo a realizar este “servicio desinteresado que es proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre”².

Recordar en estas circunstancias las tareas y desafíos de vuestra Universidad es implicar a profesores y alumnos en una responsabilidad y en una noble misión que mira al bien común de los ciudadanos, partiendo siempre de esa urdimbre de acciones mutuas del enseñar y del aprender, del formar la mente y el corazón, del progreso en la formación de auténticos líderes cristianos para el hoy y para el mañana.

Juan Pablo II, desde su experiencia universitaria, como alumno y como profesor, y dentro de una tradición cultural de su patria, que mantiene incluso hoy muy viva la preocupación cultural y el diálogo con los intelectuales, ha indicado esos cuatro puntos cardinales que hacen apasionante la vocación universitaria, dentro de la seriedad científica y de la investigación objetiva: la integración del saber, el dialogo entre fe y razón, una preocupación ética desde una perspectiva teológica³.

Vamos a tratar de desentrañar brevemente algunas de estas tareas desde una visión de la actualidad social y cultural.

¹JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae* sobre las universidades Católicas (15 agosto 1990) n. 4.

² *Ibid.*

³ *Ibid.* n. 14.

3. La integración del saber

Uno de los peligros que corre el hombre contemporáneo es el de la fragmentación de la cultura. Vivimos rodeados y solicitados por los miles de mensajes que nos ofrece, de la mañana a la noche, nuestra sociedad, desde los más diversos puntos de vista; con el riesgo de no dejarnos pensar y reflexionar suficientemente y hacernos una especie de “robot”, movido desde fuera y zarandeado por impresiones superficiales. Incluso el estudio resulta difícil, ante tal cantidad de cosas que hay que saber y aprender, y no siempre encuentran el remanso del silencio, de la reflexión y de la asimilación personal y el contraste sereno con los principios de la fe y de la conducta cristiana.

La Universidad ha experimentado a lo largo de los siglos el movimiento imparable de la especialización, con la finalidad de contemplar y tratar esa “unidad viva” que es la persona humana, en contacto con la naturaleza, con la historia y la sociedad. Es lo que ha llevado a constituir una verdadera “universidad”, que conjuga la unidad con la diversidad del saber, a través de las competencias y aportaciones de las diversas disciplinas, que tienen un punto de convergencia en la persona humana y con ella en la comunión y en la solidaridad con todos. Comunión y solidaridad que marcan los derechos y los deberes y que tienden a establecer una fraternidad abierta, solidaria, inspirada por el común origen y destino de todos, a la luz del único Creador y Padre.

La integración del saber es una tarea común que en la seriedad de una colaboración interdisciplinar va descubriendo, incluso con estupor, algo que nosotros los cristianos llamamos la *multiforme sabiduría de Dios*, sembrada a manos llenas en la creación. La mente humana, en realidad, en su búsqueda de la verdad, en el estudio de la objetividad de las leyes de la naturaleza, no inventa nada, sino que descubre, armoniza, relaciona y pone al servicio del bien común en todas las ciencias humanas, desde la filosofía a la medicina, desde la física a la economía, las potencialidades inscritas en la misma naturaleza de las cosas.

Por eso la Universidad solicita, con el estudio y la colaboración de los diversos saberes, la investigación honesta y objetiva; y con la intuición de la mente se pone ante el enigma del destino mismo de la ciencia, desde la búsqueda de la verdad de las cosas, sin descuidar el comprender, desde el santuario de su conciencia, la meta última de las realidades de este mundo.

Hoy, como decíamos, el riesgo de la fragmentación exige la colaboración común, el diálogo, los acercamientos interdisciplinares, la sinfonía de los métodos de los contenidos, con la convicción que la creación no es fruto de un azar, sino un designio ordenado para el bien de la humanidad de hoy y de mañana.

La convivencia universitaria, el diálogo con los profesores y entre los profesores y alumnos, favorece el proyecto común que tiende a la formación de hombres y mujeres bien pertrechados en la ciencia y en la técnica; y a la vez favorece la educación integral de

personas humanamente y moralmente maduras. Este ideal puede contribuir a la formación de auténticos testigos de la “racionalidad” de la investigación, de la “fidelidad” a lo que es en realidad un proyecto divino; proyecto que requiere una cierta capacidad contemplativa de la vida, de las cosas, de los acontecimientos, para escudriñar su sentido último y trascendente, orientarlos hacia ese bien común que es meta de todo servicio de la ciencia y de la técnica, de la política y de la economía.

Hoy es tarea de la Universidad Católica la inteligente propuesta de los valores universales y la capacidad de integrarlos, desde la perspectiva de su origen y de su finalidad trascendentes, desde una visión mundial de la cultura, atenta a todos pueblos, favorecedora del diálogo entre Norte y Sur. Con un noble intento, el de no ceder ante una globalización masiva que impone desde lo alto los criterios de la ciencia, de la técnica y de la economía, sino desde una globalización solidaria, atenta a una mundialidad de la que la Iglesia Católica es expresión y estímulo, contra toda visión parcial y contra toda exclusión de personas, culturas y pueblos.

La persona humana, su dignidad y su destino, la humanidad en su globalidad, tienen que ser la brújula de esa unificación del saber que es propio de la universidad.

4. El diálogo entre la fe y la razón

El diálogo entre la fe y la razón es otro de los principios pedagógicos que presiden la orientación de la Universidad católica. Lo indicaba Juan Pablo II al decir que precisamente “conservando cada disciplina académica su propia identidad y sus propios métodos, este dialogo pone en evidencia que la investigación metódica en todos los campos del saber, si se realiza de una forma auténticamente científica y conforme a las leyes morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios”⁴.

Esta afirmación ensalza a la vez la persona humana, cuya razón es capaz de entrar en el entramado de todo el universo, de sus leyes físicas y de sus perspectivas intelectuales, pero a la vez remite a una humanidad llamada a la trascendencia, a salir al encuentro, con la misma racionalidad, del Dios Creador que se revela en la verdad, en la bondad y en la belleza de la creación.

Sabemos que al tema de la fe y de la razón Juan Pablo II dedicó una de sus encíclicas más profundas desde el punto de vista filosófico, ayudando a superar esa crisis de la racionalidad, que muchos ponen como elemento característico de la postmodernidad. Por eso, con un “incipit” significativo, la Encíclica atrae nuestra atención con estas palabras inspiradas: “La fe y la razón (*Fides et ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva

⁴ *Ibid.* n. 17.

hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo”⁵.

Ciertamente, no podemos entrar en toda la problemática que propone este documento pontificio que, a veces positivamente, a veces negativamente, ha atraído hasta la atención del mundo laico.

Pero me parece oportuno en esta circunstancia llamar la atención sobre algunos puntos que pueden orientar la tarea de la UCAM al servicio de la verdad del hombre y del bien de la sociedad.

Es interesante, ante todo, ver que la Iglesia misma se convierte en defensora de la dignidad de la razón humana, saliendo al encuentro del pesimismo de unos y de la excesiva confianza de otros en la sola razón. De hecho, como confiesa el Papa, un cierto pesimismo, que rompe la armonía entre la fe y la razón, es el resultado de un equívoco que tiene consecuencias negativas en la apreciación de la verdad. En efecto, “La filosofía moderna, escribe Juan Pablo II, dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos”⁶.

⁵JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et Ratio* sobre las relaciones entre Fe y Razón (14 septiembre 1998) n. 1

⁶*Ibid.* n. 5

Las consecuencias están a la vista: “Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general. Recientemente han adquirido cierto relieve diversas doctrinas que tienden a infravalorar incluso las verdades que el hombre estaba seguro de haber alcanzado. La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Este es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual (...) En esta perspectiva, todo se reduce a opinión. Se tiene la impresión de que se trata de un movimiento ondulante: mientras por una parte la reflexión filosófica ha logrado situarse en el camino que la hace cada vez más cercana a la existencia humana y a su modo de expresarse, por otra tiende a hacer consideraciones existenciales, hermenéuticas o lingüísticas que prescinden de la cuestión radical sobre la verdad de la vida personal, del ser y de Dios. En consecuencia han surgido en el hombre contemporáneo, y no sólo entre algunos filósofos, actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano. Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social. Ha decaído, en definitiva, la esperanza de poder recibir de la filosofía respuestas definitivas a tales preguntas”⁷.

⁷ *Ibid.* n. 5

Volvemos no solo a la fragmentación del saber, sino a la negación de una capacidad y una identidad de la inteligencia, que lleva consigo la pérdida de la orientación de conocer el por qué y el para qué de la ciencia misma.

Es curioso y es positivo, ante tantas acusaciones que se hacen a la Iglesia de oscurantismo, sea ella la que se hace paladina de los valores humanos, del sentido de la cultura, de la variedad de las expresiones del saber y del arte, como demuestra por otra parte esa pasión por lo humano que evidencian estas afirmaciones de la Encíclica, que deben encontrar una respuesta en las amplias miras de una Universidad Católica: “De diferentes modos y en diversos tiempos el hombre ha demostrado que sabe expresar este deseo íntimo. La literatura, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura y cualquier otro fruto de su inteligencia creadora se convierten en cauces a través de los cuales puede manifestar su afán de búsqueda. La filosofía ha asumido de manera peculiar este movimiento y ha expresado, con sus medios y según sus propias modalidades científicas, este deseo universal del hombre”⁸.

Tras estas cristalinas afirmaciones del Magisterio podemos ver dos preocupaciones fundamentales y algunas tareas del proyecto universitario católico.

En primer lugar, se trata de reafirmar la confianza de la Iglesia en la razón humana, que, aunque herida por el pecado, no ha perdido la capacidad de buscar y encontrar la verdad, si la persi-

⁸ *Ibid.* n. 24

gue con medios adecuados, en diálogo y en colaboración con los hombres y mujeres de buena voluntad y los testigos de la fe. De este modo, desde la razón, y no simplemente desde el sentimiento y mucho menos desde las pasiones humanas que oscurecen la mente, la persona humana recupera toda su dignidad de interlocutor de la naturaleza, de los otros hombres, en la diversidad de las culturas, y hasta de Dios, su Creador. No olvidemos la sentencia elocuente de la *Gaudium et Spes*: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios”⁹ (n. 19).

La razón lo eleva hasta donde puede recibir los rayos de luz de la revelación y ésta le confirma y esclarece los datos de esa búsqueda, que no es solo propia del entendimiento, sino también de ese otro órgano de la sabiduría humana que es el corazón. Y en ese encuentro brota la visión de las cosas, desde esa sabiduría que admiramos en los hombres y mujeres más ilustres de la historia, y que forman un conjunto de testigos y un patrimonio de verdad y de vida que se puede incluso considerar como patrimonio común de la humanidad. en diferentes culturas e incluso, parcialmente, en otras religiones.

Ofrecer a los hombres y mujeres de hoy este camino de la razón, iluminada por la fe, es abrir senderos para una humanidad adulta, consciente, responsable, solidaria, en camino y en progreso continuo. Por eso afirma la Encíclica *Fides et Ratio*: “Con razón

⁹ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes* n. 19.

se considera que una persona ha alcanzado la edad adulta cuando puede discernir, con los propios medios, entre lo que es verdadero y lo que es falso, formándose un juicio propio sobre la realidad objetiva de las cosas. Este es el motivo de tantas investigaciones, particularmente en el campo de las ciencias, que han llevado en los últimos siglos a resultados tan significativos, favoreciendo un auténtico progreso de toda la humanidad”¹⁰.

En segundo lugar, el estudio y la investigación, desde esta confianza en la razón, habilitada por Dios para comprender todo su plan salvífico y todo el maravilloso mundo de la creación, con sus leyes, algunas ya conocidas mediante el progreso humano y otras todavía por conocer, conduce a la realización plena de la persona humana, como lo expresan estas palabras que reivindican una tarea humanizadora de la Universidad: “La vital interacción de los dos distintos niveles de conocimiento de la única verdad conduce a un amor mayor de la verdad misma y contribuye a una mejor comprensión de la vida humana y del fin de la creación”¹¹. Estamos aquí en vértice mismo de la sabiduría, meta de los anhelos más profundos de la humanidad de todos los tiempos. Como afirma la *Gaudium et Spes*: “La naturaleza intelectual de la persona humana se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad la mente del hombre a la búsqueda y al amor

¹⁰ *Fides et Ratio*, n. 25.

¹¹ *Ex corde Ecclesiae* n. 17

de la verdad y del bien. Imbuido por ella, el hombre se alza por medio de lo visible hacia lo invisible”¹².

En consecuencia, es tarea de la Universidad, como lo fue en sus tiempos más gloriosos, y de ello hay constancia en la historia de las grandes universidades de España, en Salamanca y en Alcalá de Henares, forjar hombres y mujeres que sepan dar testimonio de sabiduría que es saber y sabor (“scientia et sapientia”) de las cosas de Dios, del hombre y del mundo.

5. Implicaciones éticas y religiosas para nuestra sociedad

El diálogo entre fe y razón, la mirada honda de la sabiduría tienden a iluminar y salvaguardar la dignidad humana y el bien de la sociedad. Por eso, incumbe a la Universidad velar por las implicaciones éticas y morales de la ciencia, de la investigación y la adecuada transmisión del saber. Llegamos aquí a uno de los puntos más cruciales del debate de nuestra época, en una visión de Europa, con sus luces, sus sombras y sus riesgos evidentes.

La renuncia explícita a reconocer sus raíces cristianas en el proyecto de su Carta Constitucional, no es cuestión de poca monta. Se implica en ello una tesis súbdola, que por una parte es crítica larvada a la religión, y al cristianismo en particular, y por otra, es pretensión de edificar una ética personal y social sin un fundamento

¹⁰ *Gaudium et Spes* n. 15.

trascendente. Las dos cuestiones llevan a consecuencias de gran calado ético y cuyas consecuencias están ante nuestros ojos.

Sobre este tema el Santo Padre Benedicto XVI, cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, se ha expresado con claridad y con intuiciones y afirmaciones proféticas.

Es de rigor referirse a su reflexión doctrinal, sintetizando aquí los tres campos en los que él veía la crisis en que se incurre cuando no hay un diálogo entre fe y razón, con sus consecuencias en campo moral y social.¹³

Ante todo la cuestión de los derechos humanos. “Un primer elemento, decía el entonces Card. Ratzinger, es el carácter incondicional con que la dignidad humana y los derechos humanos deben presentarse como valores que preceden a cualquier jurisdicción estatal. Estos derechos fundamentales no son creados por el legislador ni son conferidos a los ciudadanos, sino más bien existen por derecho propio, siempre han de ser respetados por el legislador, a quien le son dados previamente como valores de orden superior... Esta validez de la dignidad humana, previa a cualquier actuar político y a toda decisión política, nos remite al Creador: sólo Él puede establecer valores que se fundan en la esencia del hombre y que son intangibles. Que existan valores que no son manipulables por nadie es la garantía verdadera y propia de nuestra libertad y de la

¹³ Nos referimos ampliamente a la Conferencia pronunciada por el Card. J. Ratzinger en la Biblioteca del Senado de la República italiana el 13 de mayo de 2004 bajo con el título *Fundamentos espirituales de Europa*. Versión castellana de la agencia Zenit, 25 de mayo de 2005.

grandeza humana; la fe cristiana ve en esto el misterio del Creador y de la condición de imagen de Dios que ha conferido al hombre”.¹⁴

La Universidad católica tiene que ser escuela y foro de de esta inalienable dignidad, conciencia crítica de toda tendencia teórica y práctica que atente contra los derechos de la persona, ambiente de diálogos con todos los hombres y mujeres de buena voluntad que hacen de este principio norte y guía de sus proyectos.

Una segunda cuestión, de graves consecuencias, que se hace tendencia cultural en Europa y que se ha reflejado también en España ante el estupor de una gran cantidad de españoles y europeos, es la tergiversación de los principios jurídicos que rigen la dignidad del matrimonio y de la familia. Lo expresaba el cardenal Ratzinger con estas palabras y con esta denuncia: “El matrimonio monógamo, como estructura fundamental de la relación entre hombre y mujer y, al mismo tiempo, como célula en la formación de la comunidad estatal, se ha forjado a partir de la fe bíblica. Éste dio a Europa, tanto a la occidental como a la oriental, su rostro particular y su particular humanidad, también y precisamente porque la forma de fidelidad y de renuncia delineada en ella siempre debió conquistarse nuevamente, con muchas fatigas y sufrimientos. Europa no sería Europa, si esta célula fundamental de su edificio social desapareciese o se cambiase algo de su esencia... Todos sabemos cuán amenazados están el matrimonio y la familia, tanto mediante el vaciamiento de su indisolubilidad a través de formas

¹⁴ *Ibid.*

cada vez más fáciles de divorcio, como por un nuevo comportamiento que va difundiéndose cada vez más: la convivencia de hombre y mujer sin la forma jurídica del matrimonio. En notable contraste con todo esto, existe la petición de comunión de vida de los homosexuales, quienes ahora paradójicamente exigen una forma jurídica, que debe equipararse más o menos al matrimonio. Con esta tendencia se sale del complejo de la historia moral de la humanidad, que a pesar de toda la diversidad de formas jurídicas del matrimonio, sabía siempre que éste, según su esencia, es la particular comunión de hombre y mujer, que se abre a los hijos y así a la familia. No se trata de discriminación, sino de la pregunta sobre qué es la persona humana en cuanto hombre y mujer y cómo la convivencia de hombre y mujer puede formalizarse jurídicamente. Si, por una parte, su convivencia se separa cada vez más de las formas jurídicas, si, por otra parte, se ve la unión homosexual como participante del mismo rango del matrimonio, entonces estamos ante una disolución de la imagen del hombre, cuyas consecuencias sólo pueden ser extremadamente graves”¹⁵.

No hay que insistir mucho ante la claridad de la doctrina expuesta por el actual Pontífice y ante la falacia de los argumentos que pretenden cambiar hasta los fundamentos de la antropología. Es evidente el reto que la sociedad ha lanzado en este campo y la responsabilidad ética que incumbe sobre los hombres y mujeres de pensamiento y de limpia conciencia, para defender lo que supone

¹⁵ *Ibid.*

el cimiento mismo de la convivencia y el futuro de la educación de los hijos y de sus derechos humanos. Está en juego lo que es el medular mismo de la naturaleza humana, el sentido de la paternidad y de la maternidad, la educación moral en el seno de una familia, donde la figura del padre y de la madre garanticen la formación, el crecimiento, el equilibrio moral y religioso.

La tercera llamada de atención hecha por el Card. Ratzinger a propósito de Europa y de sus raíces cristiana, toca lo que él llama “la cuestión religiosa”, es decir el respeto por lo sagrado en el sentido más alto, por Dios. Algo que cada vez con más frecuencia sentimos los creyentes a veces como un ataque, un desprecio o un menosprecio, a nivel individual y, por desgracia, en público: sobre todo en algunos medios de comunicación.

Decía a este respecto el Card. Joseph Ratzinger: “Es lícito suponer que se puede encontrar este respeto en quien no está dispuesto a creer en Dios. Donde se quebrante este respeto, se pierde algo esencial en la sociedad”. Y observaba con ironía, velada de tristeza, por las incongruencias de una tendencia que se abre camino en una civilización que ha estado marcada por el Evangelio de Cristo: “En la sociedad actual, gracias a Dios, se multa a quien deshonra la fe de Israel, su imagen de Dios, sus grandes figuras. Se multa también a quien vilipendia el Corán y las convicciones de fondo del Islam. Sin embargo, cuando se trata de Cristo y de lo que es sagrado para los cristianos, la libertad de opinión aparece como el bien supremo, cuya limitación resulta una amenaza o incluso una

destrucción de la tolerancia y la libertad en general. Sin embargo, la libertad de opinión tiene su límite en que no puede destruir el honor y la dignidad del otro; no hay libertad para mentir o para destruir los derechos humanos... Ciertamente, podemos y debemos aprender de lo que es sagrado para los demás, pero justamente ante los demás y por los demás, es deber nuestro nutrir en nosotros mismos el respeto ante lo que es sagrado y mostrar el rostro de Dios que se nos ha aparecido, del Dios que tiene compasión de los pobres y de los débiles, de las viudas y de los huérfanos, del extranjero; del Dios que hasta tal punto es humano que él mismo se ha hecho hombre, un hombre sufriente, que sufriendo junto a nosotros da dignidad y esperanza al dolor..." Y terminaba observando esta paradoja: "Para las culturas del mundo, la profanidad absoluta que se ha ido formando en Occidente es algo profundamente extraño. Están convencidas que un mundo sin Dios no tiene futuro"¹⁶.

Se ha afirmado con frecuencia que, cuando se pierde el sentido religioso, se pierde el sentido de lo humano, y cuando se atenta contra el sentido de Dios está ya en peligro el sentido genuino del hombre. No es, pues, necesario insistir en lo que supone para la Universidad esta responsabilidad de cultivar un genuino sentido religioso cristiano. No se trata solamente de dejarse guiar por los sanos principios de la fe y de la razón, con el respeto que a la Iglesia merecen los métodos objetivos de la investigación y con la iluminación que ella propone en las cuestiones cruciales que atañen

¹⁶ *Ibid.*

al origen, camino y destino del hombre. Es también necesario favorecer un clima sereno de amistad y de convivencia, un clima religioso en el conjunto de la vida universitaria, de respeto por las creencias y de promoción de los caminos de la madurez cristiana en la fe y en el compromiso. Y puede y debe ser tarea oportuna de investigación y de divulgación, por su carácter de servicio a la inculturación de la fe y de la vida, de las raíces de esas expresiones del “ethos” del pueblo, como en el caso de la religiosidad popular, tan presente en esta región de Murcia, con todos sus valores humanos, culturales, sociales.

6. Una Universidad joven bajo el soplo del Espíritu

Ante estos desafíos, la Universidad Católica San Antonio de Murcia no se achica y no se acompleja. Crece más bien en su vocación y en su responsabilidad, con la conciencia de ser una institución joven y llena de juventud, en sus profesores y alumnos, con una capacidad de inventiva y de organización que está bien a la vista de todos y que tiene ya una cierta trascendencia nacional e internacional. Lo demuestra incluso el hecho, ya anteriormente recordado, de haber organizado por vez primera en la historia un Congreso Eucarístico Internacional Universitario, que pone a prueba su misma capacidad de entusiasmo y de irradiación.

Entre los muchos resortes que tiene esta Universidad no quie-

ro dejar de mencionar uno que me parece muy interesante. La Universidad no es solo Católica por su reconocimiento oficial, por su ideario y su orientación. Es también, como he sabido con gozo, un foro de participación de todas las vocaciones y carismas eclesiales, un verdadero mosaico armonioso de la historia y de la actualidad de la Iglesia. Y esto es también algo de mucha importancia. Carismas antiguos y nuevos, colaboran, como en las antiguas universidades españolas, al servicio de la verdad y de la vida, de la ciencia y de la técnica. Y esto hace de la UCAM una verdadera “universidad católica”, con un todo eclesial de comunión y de misión. Es un ejemplo de lo que puede ser el fruto, en personas y en resortes, de una colaboración unitaria entre los carismas que el Espíritu Santo ha sembrado en su Iglesia, y que tienen siempre una dimensión de espiritualidad y de apostolado, en vistas del bien común. Y son respuestas del Espíritu, en el ámbito de la ciencia y de la vida, a los nuevos desafíos y tareas de la Iglesia. Son como una nueva presencia encarnada la humanidad y la socialidad del Evangelio de Jesús, puesta de relieve de una manera especial por los nuevos carismas laicales, levadura en la masa y sal de la tierra para la transformación del mundo, según el espíritu de las bienaventuranzas. Por eso no puedo menos de alegrarme por esta novedad evidente que existe en esta Universidad y que es promesa y esperanza de un futuro luminoso al servicio de la sociedad y de la Iglesia.

Conclusión

El secreto del saber y del pensar, del vivir y del actuar de la Universidad católica es Cristo, Camino, Verdad y Vida, centro del cosmos y de la historia. Lo dice muy bien la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, al afirmar que siendo Cristo el Logos supremo, es El quien da con su Espíritu de inteligencia y de amor a la persona humana “la capacidad de encontrar con su inteligencia la realidad última que es su principio y su fin, y es el único capaz de dar en plenitud aquella Sabiduría, sin la cual el futuro del mundo estaría en peligro”¹⁷.

Es una presencia cercana a nosotros y capaz de transformar las personas y la vida, sobre todo en la Eucaristía. Lo ha dicho recientemente con un lenguaje de humanismo y de ciencia, propio de los jóvenes universitarios, el Papa Benedicto XVI en la Homilía conclusiva de las Jornada Mundial de la Juventud de Colonia. En sus palabras vislumbro también el sueño y las posibilidades de una función transformadora del mundo y de la sociedad, desde la Universidad, por medio del resorte misterioso de la presencia del misterio pascual de Cristo en la Eucaristía:

“Desde siempre, decía el Papa, todos los hombres esperan en su corazón, de algún modo, un cambio, una transformación del mundo. Este es, ahora, el acto central de transformación capaz de renovar verdaderamente el mundo: la violencia se transforma en amor

¹⁷ *Ex corde Ecclesiae* n. 4.

y, por tanto, la muerte en vida. Dado que este acto convierte la muerte en amor, la muerte como tal está ya, desde su interior, superada; en ella está ya presente la resurrección. La muerte ha sido, por así decir, profundamente herida, tanto que, de ahora en adelante, no puede ser la última palabra. Esta es, por usar una imagen muy conocida para nosotros, la fisión nuclear llevada en lo más íntimo del ser; la victoria del amor sobre el odio, la victoria del amor sobre la muerte. Solamente esta íntima explosión del bien que vence al mal puede suscitar después la cadena de transformaciones que poco a poco cambiarán el mundo. Todos los demás cambios son superficiales y no salvan... Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros mismos seamos transformados... Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo”¹⁸.

¹⁸ Homilía de la Santa misa en la Explanada de Marienfeld, 21 de agosto de 2005.

Esta es nuestra esperanza, y esta es nuestra tarea en medio de una humanidad que necesita escuchar palabras de vida y ser alimentada con la sabiduría del Evangelio de Cristo, con el rigor, la coherencia y el testimonio gozoso que puede y debe ofrecer una Universidad Católica.

He dicho.

+ *Card. Jozef Tomko*

Murcia 8 de noviembre de 2005

